A LA VUELTA DE LA ESQUINA

SABINES

El poeta santificado por la vasta etnia de *los amorosos*, el liróforo chiapaneco Jaime Sabines, cronista del alma de la izquierda tisú, que había sobrevivido el ser hermano y asesor de un sanguinolento gobernador de Chiapas; que había sobreseído a fuerza de lirismos su extensa trayectoria prísta; que había negociado a fuerza de suspiros el olvido de su doble culiatornillamiento en la curul federal de Chiapas; que recorría el país leyendo poemas sin cobrar tampoco demasiado; que hace unos meses ascendió en cuerpo y alma al cielo de Bellas Artes, en fin, el ángel Sabines, cometió hubris políticamente incorrecta y se desplomó con gran estrépito en el centro de la plaza sentimental, con gran revuelo de polvo, plumas y aureolas abolladas, por decir lo que pensaba de Marcos y el EZLN.

No por predecibles las reacciones carecieron de gracia. Los también poetas chiapanecos Bañuelos y Oliva le reprocharon a su "ex–amigo" el negarse a "oír y a percibir el destino de un pueblo" y, no sin elocuencia, reconocieron que "también estamos hechos de astillas hirientes de ese bosque que nos hace sangrar" (*sic*). Pero no todo fue sentimiento: los poetas exigieron a Sabines que explicase la matanza de Wolonchán (1980) acontecida durante el gobierno de su hermano Juan, de quien era "asesor político". Los poetas decidieron que "este es el momento preciso" para exigir esa explicación, reconociendo implícitamente que los otros momentos no lo eran, quizá porque, como lo explicó un hijo del gobernador, esos poetas heridos por el bosque también cobraban sus astillitas en la nómina chiapaneca.

Si unos le reprocharon a Sabines "no oír el destino de un pueblo", otros le reprocharon no hablar para el pueblo. Se articuló así de nuevo la indignación ante el "intelectual" remiso al llamado del "pueblo", con todo y las clásicas peticiones de principio de los totalitarios treintas (por ejemplo: "millones de despojados del país" —declaró la cantante ex–sabinera Hebe Rosell— esperan "la reflexión y la conciencia" que merecen "de sus hermanos intelectuales"). En esta actitud privaba una confusión: Sabines nunca *reflexionó* como un intelectual. Eligió desde un principio ser un amoroso en un siglo en el que los poetas extremaron la convicción de que criticar y poetizar eran actos corresponsables. Por lo mismo, fue curioso reprocharle a las opiniones de Sabines lo que nunca desdijeron sus ensayos críticos o su periodismo, por la sencilla razón de que nunca escribió tales cosas. Y haberle reprochado que jamás los hubiese escrito no venía al caso, pues que en su no escribirlos descansaba en cierta medida la coartada de su atractivo sentimental. Sabines, para sus fans, siempre ha sido puro corazón, y el corazón habló y dijo "mu".

El desconcierto fue tal que los columnistas procuraron "mitigar las desgarraduras". Se le otorgó así un beneficio regateado a otros poetas que, además de cantar, piensan y critican. La prudencia implícita en no ejercer ninguna forma del pensamiento o la crítica, y en preservarse intensa y exclusivamente lírico, eximió a Sabines de la picota que tantas veces padecieron, sumariamente, poetas poco dados a complacer lectores y que hicieron de la crítica una responsabilidad moral. Pero Sabines navegaba con una impunidad sentimental que el no buscó —si bien supo acuñarla— y que antes bien le otorgaron los ahora desagarrados, testigos de un pequeño drama que a Sabines no le competía. Pues si disfrutaba de una excepcionalidad que el Santo Padre Izquierda le entregó sin condiciones, urgido de un santón practico, su explotabilidad de amoroso relegaba una condición de político prísta que él nunca disimuló. Así, se le perdonó su voz de diputado gobiernista y hasta la de asesor político de un cacique, pero no sus opiniones de ciudadano común y corriente.

No me dejó de caer bien Sabines, un poeta que me deslumbró como a tantos muchachos y que luego se negó, o fue incapaz, de hacerse adulto con nosotros. Siempre habrá algo de memorable en un santo que se lanza de cabeza desde su propio altar, aunque él no lo hubiera levantado. Ojalá que se hiciera epidemia. Ignoro si Sabines calculó lo que provocarían sus comentarios: si fue una estupidez o un higiénico acto de cinismo. Prefiero esto último. Me recuerda a Liberace, ese pianista de gas neón que, cuando le reprochaban haber traicionado a la música seria, decía que en efecto la había traicionado, que qué pena, y que se iba a ir llore y llore al banco más cercano.

GUILLERMO SHERIDAN